

ENTREVISTA A EDMOND CROS

Edith Negrín*

EN noviembre de 1991 tuvo lugar el II Congreso Internacional de Sociocrítica en la Universidad de Guadalajara. En él jugó un papel destacado Edmond Cros, que ha desarrollado esta metodología en teoría y práctica a través de libros como *Ideología y genética textual* (1980), *Literatura, ideología y sociedad* (1986) y *De l'engendrement des formes* (1990). Cros ha coordinado un equipo de investigación en sociocrítica desde 1971, en la Universidad Paul Valery de Montpellier y, en los años recientes, ha impulsado esta disciplina en la Universidad de Guadalajara. Actualmente dirige la Asociación Internacional de Sociocrítica, fundada durante el congreso.

1. Doctor Cros: en algunos de sus textos, usted ha explicado el surgimiento de la sociocrítica como un desarrollo de la sociología de la literatura que llevaron a cabo varios investigadores, en distintos sitios, y que en la década de los 70 fue cobrando el carácter de una metodología bien diferenciada. Sin embargo es aún frecuente la confusión entre sociología de la literatura y sociocrítica. ¿Podría explicar la especificidad de esta última?

El cambio de la sociología de la literatura a la sociocrítica me parece radical, en algunos puntos. En primer

lugar, la sociología se interesaba, y se sigue interesando, por las relaciones intersubjetivas, por las condiciones de producción y aun las de recepción —o sea, lo que está fuera del texto; mientras que la sociocrítica se interesa por lo que está dentro del texto. La segunda diferencia sería que la sociología no tiene en cuenta las distintas mediaciones que puedan existir entre lo que llamamos la realidad y el texto de ficción, por ejemplo. Estas mediaciones son varias: lo vivido, las distintas modelizaciones y aun las mediaciones que son propias del texto implicado. Una tercera distinción, también sustancial, es que la sociocrítica se interesa por la manera en que relacionan las estructuras del texto y las estructuras de sociedad; se trata de ver cómo se articulan dos sistemas, un sistema textual y un sistema de estructura socioeconómica.

2. Hace unos años, en 1988, la revista estadounidense *Critical Inquiry* hizo un balance de la sociología de la literatura contemporánea. El resultado fue más bien negativo, los editores

concluían que esta orientación carecía, hasta entonces, de una metodología definida, y proponían actualizar y ampliar la teoría del reflejo. De acuerdo a este balance, la sociología de la literatura sigue siendo una disciplina marginal, incluso marginada, tanto en las universidades europeas como en las estadounidenses. ¿Responde su experiencia a esta apreciación?

*Conozco un poco la situación en los Estados Unidos, porque permanecí siete años en la cátedra Mellon en Pittsburg, y no comparto la opinión de *Critical Inquiry*. En muchas universidades estadounidenses existe un profundo interés por las relaciones entre cultura y sociedad; si bien tal vez no se estudian estas relaciones desde un punto de vista sociocrítico. En Francia, yo diría que la situación es similar. A pesar de las habituales resistencias de la comunidad universitaria para aceptar nuevas fórmulas, sobre todo cuando no vienen impuestas por la capital, la sociocrítica se ha ido extendiendo poco a poco. Hay que tener en cuenta que se trata de una disciplina reciente, muy joven, de apenas veinte años.*

3. ¿La crisis que atraviesa el pensamiento marxista, y que ha cuestionado la concepción misma de sociedad, influye en la situación institucional de los estudios de sociocrítica?

Creo que sí. Se empieza a notar una pérdida de prestigio de lo que fue, hace todavía cinco o seis años, un enfoque

* Profesora e investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

verdaderamente privilegiado, sobre todo en las universidades francesas —y aquí también ¿no? El materialismo histórico tuvo su momento de gran aceptación. Pero yo creo que hay que distinguir entre la praxis política y el materialismo histórico que sigue siendo una manera de pensar muy revolucionaria y muy eficaz.

4. En varias ocasiones, usted ha hablado de las divergencias entre los grupos de estudio que han asumido conscientemente la sociocrítica: el de Claude Duchet, el de Pierre Zima y el que usted mismo, de alguna manera, representa. ¿Podría extenderse un poco sobre estas divergencias?

Comparto con Zima ciertas posturas, pero diferimos en cuanto al marxismo. Puesto que él no tiene una filosofía marxista, enfatiza las posibilidades de autonomía del texto de ficción respecto a la sociedad. En cuanto a Claude Duchet, no sabría cómo explicar las diferencias sin reducir su pensamiento... Primero hay que decir que Claude Duchet sólo nos ha dado unos pocos artículos, más bien se ha expresado a través de conferencias y ponencias. Conocemos algunas de sus propuestas, pero no tenemos un corpus acabado de pensamiento. Iba a escribir mi primer libro de teoría junto con Duchet; él estaba de acuerdo. Pero esperé muchos meses y sus colaboraciones no llegaban; entonces decidí trabajar solo y escribí *Théorie et Pratique Sociocritiques* (1983), que se tradujo al español con el título de *Literatura, ideología y sociedad* (1986). Duchet es una persona muy inteligente, muy dotada, pero no sólo carece de un corpus crítico, sino también de una teoría que trate de abarcar todo un sistema explicativo desde el origen de la cadena hasta el final. Por ejemplo, una de sus aportaciones es la noción de sociograma. Yo le escuché hablar de esta interesante noción, pero no puedo utilizarla pues, al no contar con escritos sobre ella, corro el riesgo de traicionarla.

5. Algo inquietante en la propuesta de Pierre Zima — *Pour une sociologie du*

texte littéraire —, es que él parece dejar de lado por completo la función denotativa del lenguaje, pues considera que lo específicamente literario es la función connotativa. ¿Usted piensa que, en la práctica de análisis textual, puede dejarse de lado la función denotativa, que es algo vinculado a un elemento como las intenciones del autor?

No, no es posible. Creo que la función denotativa es la primera fase del proceso de modificación, de la transformación semántica. Sin embargo, en cuanto a las intenciones del autor, es algo que descarto radicalmente, pues me he dado cuenta de que es una manera de plantear el problema que lo puede falsear; ni siquiera conocemos nuestras propias intenciones.

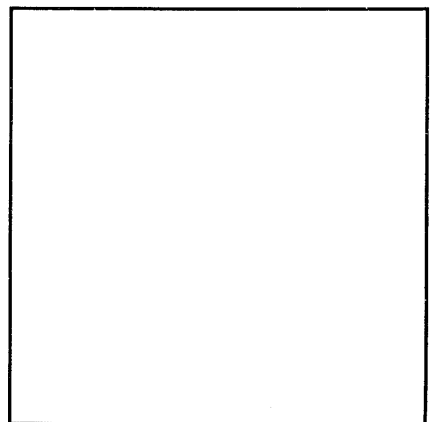
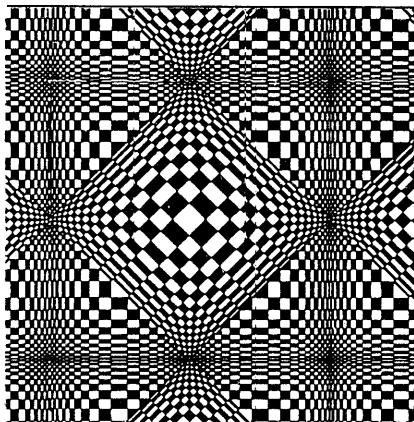
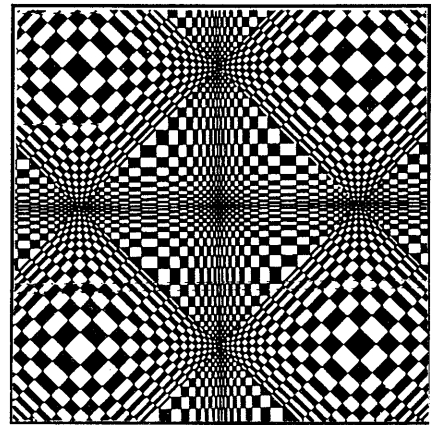
6. El desinterés en las intenciones del autor tiene que ver, por supuesto, con su concepto del sujeto. No parece haber lugar en la sociocrítica para el sujeto individual.

En efecto, aun cuando sabemos que puede haber un impacto del sujeto individual en el texto, lo que nos importa es el sujeto transindividual como lo caracterizó Goldmann. Ello no excluye que pueda conjugarse el acercamiento sociocrítico con uno psicoanalítico.

7. Como usted, algunos estudiosos del estructuralismo genético de Lucien Goldmann, por ejemplo Jacques Leenhardt, han señalado que una importante carencia metodológica de esta propuesta es el estudio de las mediaciones. Desde mi punto de vista, usted ha dado un avance significativo en este sentido cuando, a partir de textos como *Ideo-*

logía y aparatos ideológicos del Estado de Althusser, sitúa la génesis del texto en una práctica social específica, en lugar de en una estructura social amplia e indeterminada. Ya en el límite entre texto y contexto, usted habla de una categoría nueva, *ideosema*. ¿Podría explicar esta categoría?

La noción de idiosema supone en primer lugar que se haga énfasis en la estructuración. De todas formas el texto de ficción está constituido por un ensamblaje de representaciones, no es más que representación. Una representación supone estructuración; representar es establecer relaciones entre las cosas, no puede existir una representación sin estructuración. Eso me lleva a decir que si el texto es un conjunto de representaciones es, pues, un sistema de articulaciones también. Cada representación supone una articulación, por lo menos una; esa sería la primera sugerencia. La segunda sería que me di cuenta, al final de una serie de análisis textuales, de que el análisis mismo me conducía a una



prácticasocial, una práctica discursiva especial. De tal forma que me pareció que podía extender mis observaciones y proponer como hipótesis general que un texto de ficción está constituido, o se fundamenta en su origen, en una o varias prácticas sociales. Mi tercera observación fue que una práctica social es también una representación, una representación de "algo". A través de este proceso argumentativo llegué a la propuesta siguiente: hay una articulación entre una práctica social especial que es una representación y su proyección en el texto a través de otras articulaciones. Entonces pensé que debíamos ver cómo se articulan práctica social y representación intratextual; observé que la articulación es similar. Por eso propongo que veamos, cuando hablamos del funcionamiento de ese sistema, un elemento que procede de la práctica social y un elemento que está en el texto de ficción; el primero constituye una estructuración específica a la que llamo articulación semiótica, al igual que el segundo, al cual llamo articulación discursiva. Esta es mi concepción del funcionamiento del idiosema. Defino el idiosema como una articulación semiótica e ideológica; pero cuando me intereso por su funcionamiento, veo la distinción entre articulación semiótica y articulación discursiva. Un ejemplo claro es el del Lazarillo de Tormes, el juego entre el "yo" y el "él" en la práctica social de la Inquisición sería la articulación semiótica —y la llamo semiótica porque es una representación—, y en el texto es el juego entre el epígrafe y la manera en que empieza el relato, desde un "yo". No vale la pena aquí hablar de homología, esto sustituye la noción de homología; en este caso no hay homología sino una intervención directa. Además de todo esto me di cuenta de que en los textos que yo he estudiado, siempre el elemento fundador del texto es una contradicción entre dos prácticas discursivas, el texto nace de la coincidencia conflictiva de dos o

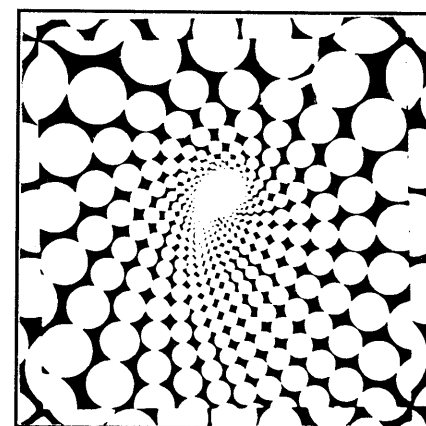
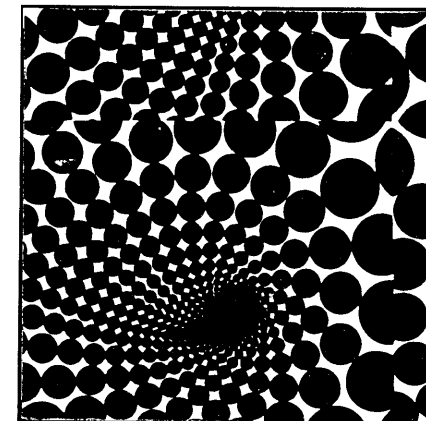
varios discursos contradictorios; aunque finalmente no sé si se puede generalizar.

8. Usted ha insistido en que la sociocrítica, no sé si deliberada o casualmente, se ha abocado al estudio de la literatura latinoamericana. De manera recíproca, esta disciplina ha despertado interés en algunos centros académicos en Latinoamérica y en África. Recuerdo que en los 60, al calor de la eclosión emotiva generada por la Revolución cubana, algunos intelectuales hablaban de la necesidad de construir una crítica que fuera adecuada a la sociedad latinoamericana. ¿Usted piensa que la sociocrítica es especialmente apta para dar cuenta de una literatura no metropolitana o de los fenómenos culturales del Tercer Mundo, por ejemplo?

Cuando digo que la sociocrítica se ha ocupado de la literatura latinoamericana me refiero a la sociocrítica tal como yo la trato de promover; porque a otras corrientes no les concierne en absoluto la cultura de lengua española. Esta aproximación motiva a nuestros colegas de América Latina, quizás precisamente porque hace énfasis en la necesidad de tener en cuenta las múltiples vías por las cuales se invierte la ideología. Los impactos de la ideología son muy importantes en los países del Tercer Mundo. La realidad sociopolítica y socioeconómica en África, o en América Latina, hace que los académicos en estos continentes no puedan soslayar las condiciones sociales.

9. Ya para terminar, ¿podría sintetizar su balance de este congreso?

Decía yo ayer a unos amigos que, a veces, cuando uno participa en un congreso se da cuenta de que ciertos días ha perdido su tiempo; de que el porcentaje de ponencias que le fueron útiles es muy bajo. Pero aquí, todas las ponencias que oí, o bien leí posteriormente, me parecen de excelente calidad. Mi primera impresión es que, en términos generales, el nivel en este congreso ha sido alto. La segunda observación es



que considero muy significativo que varios colegas se hayan interesado por otras modelizaciones además de las literarias; me refiero a imágenes, carteles, películas. En tercer lugar fueron evidentes en este congreso los resultados del trabajo en grupo. Se nota que en las distintas universidades la gente discute, habla; que hay reflexión colectiva. Así, en el momento de las ponencias se sentía un ambiente de —yo diría— solidaridad. Esto era claro, por citar un caso, en los colegas de la UNAM. Otra impresión favorable me la produjeron las ponencias buenas, a veces excelentes, de los estudiantes que participaban por primera vez en un congreso. Eso es magnífico. Hasta el punto que yo le decía a la persona que colabora conmigo en el centro de Montpellier que deberíamos organizar con más frecuencia este tipo de intercambios. Por último insistiría yo en que se cumplió aquí a cabalidad el objetivo de los congresos, reunirse con colegas que no habría otra forma de conocer, compartir preocupaciones.